conservados prodigiosamente; los muebles incrustados de marfil grabado, las arañas, todos los relojes, los cuadros de los grandes maestros, hubieran enorgullecido el palacio de un rey.

Los jarrones de Sévres y del Japon, los grupos de Sajonia, las estátuas de bronce, de mármol y de plata, los esmaltes, las porcelanas del tiempo de Enrique III, deleitaban los ojos del que podia contemplarlos.

No habia en esta reunion de objetos perfectos, uno solo que fuese mediano, pues todo lo componia cosas raras difíciles de hallar.

Espléndidos lienzos de Le Sueur, de Rubens, de Van Dick, de Leonardo de Vinci y otros muchos, daban una prueba evidente del gusto artístico del que habia comprado aquellos objetos.

En el martillo de Leon Pillet, aquellas maravillas artísticas hubieran valido una fortuna.

Marcelo pasó dos horas justas en los tres primeros salones, hasta el extremo de extasiarse y no pensar en la aventura de la noche precedente, y ni aun escuchar las sencillas explicaciones de Dominico, que, creyéndose un cicerone, trataba de identificarse con este papel.

Ya no quedaba que visitar más que el salon ochavado, que comunicaba con el jardin de invierno.

El teniente penetró en él.

Un retrato de hombre, de tamaño natural, y firmado por Carolus Durán, ocupaba el lienzo derecho de una chimenea monumental de mármol rojo.

Marcelo se detuvo delante de aquel retrato.

Este era el de un hombre de alta estatura, en traje de montar con calzon de ante, botas de charol con espuelas, y teniendo un látigo en mano.

Aquel *gentleman* de regulares facciones, y de fisonomía aristocrática y agradable, no representaba ser muy viejo, á pesar de tener completamente blanco el cabello y los bigotes.

Los ojos, bajo cejas pobladas que se conservaban negras, tenian toda la expresion de un jóven.

En el centro superior del cuadro, se veia un escudo con la corona de marqués.

Marcelo se volvió á Dominico.

—¿Es este el marqués de la Tour du Roy?

El viejo servidor enjugó sus lágrimas; la voz se anudó en su garganta, y no pudo dar otra respuesta que hacer un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¡Teníais razon!—dijo el teniente—el dueño de este palacio llevaba tan valientemente los años como sus antepasados las armaduras de hierro.... Podia asegurarse, y nadie lo hu-

49765

biera desmentido, que tenia veinticinco años menos que los que en realidad tenia.... ¡comprendo perfectamente que su jóven esposa le amase á pesar de lo blanco de sus cabellos....

—¿Cuando se hizo este retrato?

—Hace próximamente un año. El de la señora marquesa debia ser el *pendant*.

Marcelo se volvió rápidamente del lado izquierdo, y lo halló vacío.

— Hablábais del retrato de la señora marquesa de la Tour du Roy—dijo el teniente.—¿No está hecho?

—Dispensad, mi teniente, es aquél.

Dominico, al decir esto, señaló un gran caballete de ébano, que sostenia un cuadro cubierto por una tela verde.

—Se trataba de colocarlo en su sitio el mismo dia que falleció el Sr. marqués, y ahora ¡Dios solo sabe cuando abandonará el caballete!

—Quisiera verlo.....

—¿Por qué nó?..—dijo el criado—así se convencerá el señor teniente de que nada exageré cuando ponderé su extremada belleza.

Diciendo esto, Dominico levantó la tela que cubria el retrato.

Marcelo se puso lívido y se tambaleó como un hombre que acaba de sufrir en medio del pecho un golpe valiente.

Toda la sangre de sus venas afluía á su corazon y parecia que iba á estallar su cabeza. Durante dos segundos creyó volverse loco.

El primer golpe de vista que dirigió al cuadro, le hizo adquirir la certidumbre de que la doncella Marieta y la marquesa de la Tour du Roy, vestida en aquel sencillo traje, no era mas que una sola mujer.

Sin embargo, trató de luchar contra la evidencia; hasta tal grado le parecia inverosímil lo que estaba viendo.

Procuró demostrarse que no era otra cosa que una ilusion de su acalorada mente, semejanza vaga de una satisfaccion de orgullo.

La duda no podia durar mucho tiempo.

Se imponia la identidad.

La marquesa de la Tour du Roy habia podido cambiar fácilmente de traje, pero no de cuerpo, maneras y rostro.

Chaplin habia retratado á la marquesa en traje de baile, con el pecho y los brazos descotados, diamantes al rededor del cuello y en el pelo, con la sonrisa en los labios; uniendo á los encantos de la mujer las gracias de la aristócrata, parecia mas imponente, pero no mas seductora que Marieta con el vestido de lana negro y el gorrito de tela; su cabellera rizada, su pupila de un verde profundo, sus cejas y pesta-

ñas casi negras, sus labios rojos, su talle flexible, constituian una sola mujer.

Todo aquello era prodigioso, inaudito, pero evidente.

Dominico se apercibió de la turbacion de Marcelo, pero no podia adivinar la verdadera causa.

—¿Veis que tenia razon?—dijo al cabo de un rato.—¿Estais asombrado de su belleza? pues á todo el mundo le sucede lo propio.

—La marquesa de la Tour du Roy es muy hermosa—balbuceó el teniente.

Quedó absorto en una contemplacion que Dominico encontró demasiado prolongada.

Cuando el jóven salió del salon con la cabeza hecha un volcan, le preocupaba un problema que iba á turbar su existencia, y que se formuló de esta manera:

—¿Por qué esta mujer... esta gran señora... viuda á los veinte años.... y á los tres dias de su viudez, que no me conocia, se ha disfrazado para entregárseme?.... ¿Será una Mesalina? ¿Será una loca? Esto es incomprensible... violento.... nada explica.... nada justifica.... ¿qué misterio oculta esta mujer? Qué es preferible huir de ella ó seguirla?

Y se respondió:

—Es preciso que la vuelva á ver.... ¡porque la adoro!.....

PRIMERA PARTE.

MATRIMONIO DE LAZARINE.

Cerca de dos años antes de que tuviera lugar la singular aventura que acabamos de referir, el banquero Julio Leroux ocupaba un puesto de alguna importancia entre las gentes de la alta banca parisiense.

Hacia negocios en gran escala; y aunque algo aventurados y con escasa solidez, su buen éxito los coronaba, lo cual le daba gran reputacion de hábil y gran fama de afortunado.

Habia hecho construir un hotel expresamente para él entre un patio y un jardin que, sin disputa, era uno de los mas bonitos del boulevard Haussmann. Su despacho y las oficinas estaban situados en un pequeño edificio contíguo al hotel, con el cual se comunicaba directamente por una galería de cristales que daba á la habitacion principal.

Dando crédito á los rumores que circulaban por la Bolsa, la fortuna de Julio Leroux pasaba de diez millones; y como la bola de nieve,